

La creación de un jardín experimental en Segovia La plantación en una zona de calizas cretácicas en Castilla

Prof. Leandro Silva Delgado

Hace un cuarto de siglo aproximadamente se me presentó la ocasión de adquirir un huerto en el arrabal de San Marcos, en la ciudad de Segovia. Se trataba de una superficie de media hectárea orientada al mediodía y protegida de los fríos del norte por un dramático conjunto de rocas calizas. Desde allí se podía descender a través de varios bancales a la zona más baja del terreno muy próxima al curso del río Eresma. Las vistas hacia el sur describían el perfil del casco antiguo de la ciudad de Segovia. El huerto se inscribe en una franja de varios kilómetros en la margen derecha del río Eresma, de antigua tradición de cultivos hortícolas, según algunos historiadores, ya conocida en épocas de la ocupación romana. El huerto en sí, prácticamente abandonado, se encontraba muy próximo a la casa que hemos habitado, con la continuidad relativa que mis trabajos y mis viajes me han permitido. Se trata de un conjunto que era entonces y continúa siendo un sitio de excepcional belleza. Cuando lo descubrí no resultó difícil adquirirlo, dado el estado de olvido y deterioro en que el arrabal de San Marcos había caído en los últimos siglos. A partir de ese momento comencé a imaginar unos trabajos que me permitirían conocer la adaptación de ciertas especies y su posible desarrollo en un clima duro y exigente. Algunos amigos biólogos, geólogos y paisajistas nos prestaron su colaboración y consejos. Se trataba de un proyecto cuya extensión exacta no conocíamos.

Yo agradezco especialmente al LINTA la oportunidad que me brinda de relatar los altibajos de esta experiencia. Se trata de una reflexión que puede permitir el intercambio de ideas para los que estén trabajando en este sentido en otras latitudes. Desde un primer momento intuí la importancia de esta experiencia. Tal vez no era consciente de que, al avanzar en este camino de un jardín experimental, encontraría grandes satisfacciones pero también grandes dificultades.

El conocimiento de las coordenadas fundamentales de un paisaje, y las líneas de fuerza que se pueden percibir desde un primer

contacto, nos permitirán acercarnos a su carácter global y al momento apto para comenzar la lectura de su contenido, de manera rigurosa, detallada y profunda. El primer aspecto que comprometerá la continuidad de nuestro trabajo, estará condicionado por la elección del sitio. No siempre tendremos la posibilidad de intervenir desde el principio, solemos quedarnos fuera de las razones de tipo social, económicas, o sentimentales que han condicionado la elección de un lugar con prioridad a nuestra intervención. En la mayoría de los casos nos solemos encontrar con decisiones que se han tomado de manera que suelen resultar irreversibles. Nos encontramos ante un hecho consumado y nuestra intervención como profesionales exige ser objetiva y realista, comenzando por reconocer las características y los valores fundamentales del área en que vamos a trabajar. La buena lectura del sitio estará en la base de la respuesta coherente que debemos dar a las propuestas del paisaje. Antes de concretar cualquier proyecto sugiero que nos detengamos con un cuaderno y un lápiz para observar y escudriñar el sitio.

Mi camino hacia el paisajismo

Muy joven comencé a estudiar dibujo y pintura, tuve la suerte de hacerlo con dos grandes maestros del paisaje uruguayo. Ellos me enseñaron a enfrentarme al paisaje, a analizarlo y a descubrirlo en sus grandes líneas. Considero que esos fueron mis primeros pasos en la afirmación de mi vocación de paisajista. Estoy seguro que sin esta experiencia, hubiera tenido más dificultades en encauzar mis esfuerzos, en la delicada tarea de leer y comprender las cualidades de un sitio. El dibujo y la pintura del paisaje tal como me la explicaron mis primeros maestros, constituye una experiencia imprescindible que me atrevo a recomendar seriamente a todos aquellos que sientan la vocación de acercarse al estudio de las disciplinas ambientales. Es muy diferente analizar el paisaje con la palabra o con la discusión más encendida que con el lápiz y el papel, anotando y dibujando

los elementos esenciales, aunque este gesto se haga con mayor o menor destreza. No se trata de hacer un dibujo bonito sino de llegar a captar las líneas fundamentales. Siempre será mejor dibujar pacientemente ante el paisaje que conversar brillantemente sobre él. También debo recordar que tuve la suerte de pasar mi infancia y mi adolescencia en contacto con un sitio de una singular complejidad: el río Uruguay, marcando el límite de mi ciudad natal con las cercanas costas de la provincia de Entre Ríos. Paisajes parecidos pero distintos, límite entre dos países, entre dos economías, con enormes similitudes pero lógicas diferencias, es decir un espacio ideal para entender, comparar y sorprenderse ante las características bien diferenciadas de dos países hermanos. Las riberas de nuestro río en que crecen los ceibos, los sauces y los espinillos, el lejano sonido de los saltos de agua en las noches de verano, esos veranos en que permanecíamos horas metidos en el río, en sus aguas que nunca eran demasiado frías. Esa convivencia generosa con el agua nos estimulaba el deseo de explorar las rocas de basalto, que afloraban con las bajantes. Era entonces fácil nadar de roca en roca hasta acercarnos a las costas entrerrianas. Muy temprano nos empezamos a familiarizar con los remos, lo cual nos permitía explorar el río con más facilidad.

El Romeral de San Marcos

Volviendo al tema del jardín experimental que, a partir de ahora, nombraremos con su apelación actual de "Romeral de San Marcos". Se le llamó así cuando hace varios años empezábamos ya a presumir de jardín, algunos amigos le llamaban el Romeral o el Huerto del Romeral. En realidad se trataba de un sitio en que durante mucho tiempo abundaba el romero, el tomillo y el espliego. Era muy bello y tengo que reconocer que mi esfuerzo experimental benefició el conocimiento y la diversidad de la vegetación, pero también me privó de la armoniosa belleza del carácter original.

Poco se puede agregar a las características de este terreno, pero sintetizando podemos decir que se trata de un bello conjunto en que domina el respaldo de esas calizas cretácicas, que constituyen en este momento uno de los mayores atractivos del jardín. Mis amigos geólogos se han encargado de difundir esta singularidad, haciendo hincapié en su antigüedad: se trata de rocas calizas a las que se calcula alrededor de cien

millones de años. Siempre me resulta asombroso y suelo quedarme perplejo cada vez que las observo (Fig 1).

Al conocer las características del suelo, comenzamos las primeras plantaciones con gran cautela. Observé detenidamente lo que crecía en las tierras colindantes y me fui sorprendiendo al detectar que en este lugar podían crecer más especies de las previstas. Existían numerosos ejemplares de cipreses (*Cupressus sempervirens stricta*), de tejos (*Taxus baccata*), de arces (*Acer platanoides*, *Acer pseudoplatanus*, *Acer campestre* a los que he añadido *Acer monpessulanum*). Crecían muy bien los plátanos (*Platanus acerifolia*), las robinias (*Robinia pseudoacacia*) la acacia tres espinas (*Gledischia triacanthos*), el *Eleagnus angustifolia*, el *Eleagnus pungens reflexa*. Los álamos se desarrollaban vigorosamente, existían hermosos ejemplares de *Populus canadensis*, *Populus nigra*, *Populus alba* y también sauces (*Salix babilonica* y *Salix alba*), olmos (*Ulmus campestris*) luego extinguidos por la plaga, castaños de Indias (*Aesculus hippocastanum*), carpes (*Carpinus betulus*), árbol



Figura 1. Rocas cretácicas y vegetación en otoño. Romeral de San Marcos, Segovia.

del amor (*Cercis siliquastrum*) y el *Ailanthus altissima*. Algunos árboles frutales se han plantado en la zona y de ellos encontramos algunos ejemplares: membrilleros (*Cidonia oblonga*), ciruelos (*Prunus domestica*), manzanos (*Malus cummunis*), perales (*Pyrus cummunis*), damascos (*Prunus armeniaca*), nísperos (*Iriobotrya japonica*), avellanos (*Corylus avellana*) y nogales (*Juglans regia*), higueras (*Ficus carica*), cerezos (*Cerasus acida*). En terrenos cercanos hallamos algunos ejemplares de boj, (*Buxus sempervirens*) de rosas (*Rosa canina*, *Rosa centifolia*) y de espinos (*Crataegus oxyacantha*). Había vid (*Vitis vinifera*) y un viejo hortelano se había empeñado en plantar unos olivos (*Olea europaea*) que tienen grandes dificultades para adaptarse a este medio. El detectar todas estas especies nos estimuló a aprovechar esta experiencia y lanzarnos a la utilización de otras plantas. Así fuimos componiendo nuestros setos con durillos (*Viburnum tinus*), en nuestros macizos de arbustos se plantaron (*Viburnum plicatum Mariesii*), en las zonas de sombra o semi-sombra con *Viburnum davidii* y con *Vinca major* y *minor* y *Ajuga reptans*. Además aprovechamos lo bien que crece tanto al sol como a la sombra como el *Hypericum calycinum* (Fig. 2).

Renunciamos a tener una colección de rosales, para plantar los que tenían nuestra preferencia dentro de los límites de nuestro jardín. La rosa banksiae lutea crece generosamente trepando por las rocas calizas, "Alberic Barbier" nos sorprende también cada primavera con su floración y su crecimiento incontenible. "Souvenir de la Malmaison" comenzó apoyado tímidamente en un muro hasta que sus tallos descubrieron la proximidad de un plátano y da sus flores a varios metros de altura, "New Dawn", vigorosa floración de un rosa delicado inconfundible, "Albertine" "Dorothy Perkins" a pesar de su mala prensa, por



Figura 2. Lirios en el Romeral.

el uso excesivo que se ha hecho de ella. En efecto me encontré con la evidencia de que el número de plantas que había ido descubriendo contradecía la opinión de algunos vecinos que, después de adquirir el terreno, me afirmaron que poca cosa podía hacer con él ya que allí sólo crecería el tomillo (*Thymus vulgaris*) y el romero (*Rosmarinus officinalis*). Esta afirmación nunca me preocupó demasiado ya que llevo años convencido de que la variedad y el coleccionismo se pueden convertir en grandes enemigos del jardín. Sin embargo, tal vez por espíritu de contradicción, me entró el deseo de constatar hasta qué punto era realidad que mi terreno tenía tantas limitaciones. De ahí que haya tenido una gran importancia el tiempo que dediqué a observar en mi entorno las posibilidades potenciales que podía encerrar una zona de terreno calizo. Los historiadores de Segovia insisten que la tradición de los huertos, que se sucedían en las riberas del Eresma y ocupaban una extensión bastante considerable, tiene su origen en la época de la ocupación romana. Es decir que, durante siglos allí ha estado incidiendo la acción antrópica, la diversidad y los ciclos de los cultivos y muy probablemente todo tipo de animales domésticos. Esto me impulsó a realizar el esfuerzo de apurar al máximo las posibilidades del terreno tanto desde el punto de vista climático como el de la adaptación al suelo.

El interés experimental, que promovió mis primeros gestos, evolucionó en el tiempo. Comenzó a transformarse en una cierta forma de jardín, que iba escapando a la estricta noción experimental. La transformación progresiva de las masas y volúmenes, la interrelación con el espacio exterior y la afirmación de las texturas de troncos y follajes, la configuración de ciertos espacios y los cambios al caer las hojas después de la culminación del otoño, abriendo nuevas perspectivas, y una nueva



Figura 3. Otoño en el Romeral.



dimensión del espacio que, a su vez, cambiará con la llegada del invierno y más tarde con la eclosión de la primavera. (Fig 3).

A esa dinámica natural se agregará el esfuerzo de la acción antrópica, con toda la carga cultural que impone el misterioso deseo de contener, modificar, poniendo en valor ciertos elementos que consideramos más atractivos, aislándolos y utilizándolos como referencias dentro del conjunto. Ya que sucede a menudo que la transformación de un paisaje, como también la del jardín, al transcurrir el tiempo, no siempre se produce de la forma que habíamos deseado e imaginado. Entonces intervenimos para adecuar las transformaciones a nuestro gusto y voluntad, a la manera del escultor.

El quehacer del jardinero y el seguimiento que realiza constantemente, plantando, podando, transplantando, introduciendo nuevas especies, mientras envejecen algunas y mueren otras... nos obligan a aceptar la idea que la creación de un jardín continúa indefinidamente. Alguna vez, trabajando para la administración, alguien me ha preguntado: "Y este jardín ¿cuándo se podrá inaugurar?". Pregunta difícil de contestar, cinco, diez años o tal vez cincuenta...! Explicar el jardín, enseñar la aplicación de una metodología para concebirlo y realizarlo me parece siempre una tarea difícil. Puedo contar y sacar alguna conclusión desde mi experiencia como jardinero. Eso es todo.

Durante un viaje de estudios a Estados Unidos tuvimos la ocasión de visitar la casa de Frank Lloyd Wright en Taliesin West en Fenix. El maestro había fallecido muy poco antes. Entre las anécdotas que nos contaron sus discípulos había una en que hacían referencia a la actitud del maestro cuando visitaba por primera vez un sitio, antes de comenzar el proyecto: apoyado en su bastón y permaneciendo de pie, escudriñaba lenta y rigurosamente el lugar... lo demás venía después.

Antes de iniciar mi experiencia en Castilla, tuve ocasión de visitar y vivir en otros países de Europa. Recordaré siempre la impresión que me produjo el descubrimiento del paisaje de Segovia. El contraste entre el ocre de las inmensas llanuras y el gris azulado de la sierra de Guadarrama... cuarenta años después me sigue deslumbrando. Una de las buenas sorpresas que me proporcionó el sitio que escogí fue la abundancia de agua, su

sonido se hacía presente en varios manantiales de los cuales manaba constantemente. Antiguas albercas la recogieron durante un largo tiempo, lo cual me estimuló a crear otras albercas comunicadas entre sí por regatos rectilíneos, provocando un nuevo diseño.

La fuerte pendiente del terreno me obligó a estructurarlo en terrazas, cuyos muros de contención caracterizaron sensiblemente la estética del jardín. Al comienzo el dominio de la línea recta y los ángulos de 90° se imponían con fuerza en el conjunto (Fig 4). Luego, lentamente los árboles, los arbustos y los macizos y tapizantes comenzaron a suavizar la composición. Pasado cierto tiempo la rigidez geométrica se vio atenuada por el follaje. La línea recta comenzaba a aparecer discretamente en algunos sitios, acentuando una perspectiva o señalando un itinerario, haciéndonos tomar conciencia de que, a pesar de la fuerza expresiva de la vegetación, existía una forma subyacente que marcaba una voluntad de orden racional y geométrico.

Casi inconscientemente al proyectar lo hacía con un cierto deseo de evocar los jardines



Figura 4. Alberca y acequias en el Romeral.

hispano-árabes que conocí al llegar a España. Muros, regatos de agua, albercas, contraste de luz, sombra y una vegetación que denotaba la preferencia por los cipreses, el boj, el mirto y los rosales contribuían a materializar nuestra intención de diseño. La presencia imponente del Alcázar de Segovia, que domina desde la altura el paisaje, llegó a convertirse en fuerte obsesión. El crecimiento de la vegetación del jardín comenzó a modificar el impacto de esa presencia. Desde hace algún tiempo el Alcázar desaparece entre el follaje para volver a aparecer en otro punto del jardín. La obsesión se ha ido convirtiendo en el goce del contraste, y del reencuentro desde los sucesivos puntos de vista.

Actualmente el jardín se ha materializado en una especie de laberinto, en que las superficies de césped que había previsto han sido invadidas por los arbustos y las plantas aromáticas, que inundan con su fragancia las noches de verano. Muy temprano en primavera el esplendor blanco de los ciruelos se confunde con el de alguna nevada tardía.

No puedo concluir sin recordar la personalidad de Paulino Velasco, el hortelano que me precedió en la propiedad de este trozo de tierra. Profundo conocedor del huerto que trabajó durante décadas, me brindó con el relato lento y generoso de sus experiencias, advertencias y consejos llenos de sabiduría, que he conservado a lo largo de estos años y que están en la base de mi comprensión de estas tierras de Castilla. Paulino Velasco y Flora, su mujer, nos informaban cada semana, a nuestra llegada de Madrid, sobre las pequeñas noticias del lugar que siempre solían ser buenas. También nos advertían sobre la posibilidad de que hicieran su aparición las primeras nevadas. Nos contaban el momento en que habían partido de Segovia las primeras cigüeñas y en que regresarían al final del invierno y comienzo de la primavera. Luego de algún tiempo se instaló definitivamente en su casita de Segovia. Su salud era delicada y su ánimo decaía. La muerte le sobrevino una tarde de verano en que descansaba a la sombra de un álmez (*Celtis australis*). Su partida me produjo una gran pena. De hecho su presencia no ha desaparecido del jardín.